

# TRES AUTORRETRATOS DE AZNAR

JUSTO SERNA

*Ocho años de gobierno*  
Planeta, Barcelona, 2004.

*Retratos y perfiles*  
Planeta, Barcelona, 2005.

*Cartas a un joven español*  
Planeta, Barcelona, 2007.

## 1. El líder

En *El abuso del mal*, el filósofo norteamericano Richard J. Bernstein analiza la degradación de la política a partir del liderazgo enfático. Sostiene una tesis fuerte: la peligrosa conversión de la ética en referente político. ¿Es así? De ser cierta esta conversión, ¿tendríamos algo que objetar? En principio, que el ejercicio del gobierno o las relaciones internacionales se supediten a unas normas morales parece inatacable: los actores se someterían al bien obrando de acuerdo con bases innegociables. El bien no se haría por los efectos, sino en función de un discernimiento que es previo. Las acciones morales tomarían a cada ser como fin en sí mismo y no como medio...

¿Podemos imaginar un mundo gobernado así, regido según esos principios? Sin duda sería un planeta formalmente moral, pero a la vez sería una especie de infierno real: si obráramos sin atender a las consecuencias de nuestros actos, si pensáramos el mundo al margen de sus consecuencias, el egoísmo no regiría, desde luego, pero la presunta benevolencia nos destruiría. Desde los años noventa, el ascenso de los neoconservadores ha servido para rehabilitar la moral y la religión frente al pragmatismo. “Hubo otros períodos en la historia reciente” dice Bernstein, “en que los políticos, en especial

en los Estados Unidos, utilizaron la retórica del bien y del mal para ganar el apoyo de sus electores. Ronald Reagan llamó a la Unión Soviética *El imperio del mal...*”

En apariencia, algo semejante a lo que George W. Bush dice cuando habla del eje del mal. Pero no es exactamente así. “A pesar de esta retórica, Reagan se mostró flexible y pragmático en sus negociaciones diplomáticas cuando Gorbachov se convirtió en el líder del Kremlin”, añade Bernstein. En cambio, ahora, ciertas políticas imperantes tienen un lado más temible: la real (o aparente) convicción sin diplomacia, la real (o aparente) defensa insobornable de los principios –al margen de las consecuencias o al margen de los ciudadanos occidentales, tan acomodaticios y burgueses–, algo que se ha extendido entre muchos analistas, gobernantes y algún ex mandatario. Esa posición, que hace del liderazgo su principio, podría formularse así: “¿estamos o no estamos dispuestos a derrotar a nuestros enemigos?; ¿quién podría estar en contra de luchar contra el mal? Hemos de estar dispuestos a no ser comprendidos”... Esta lógica política la analiza también Slavoj Žižek en *Irak. La tetera prestada*: “Fue la misma inflamación de la retórica ética abstracta de las declaraciones públicas de George W. Bush (del tipo de *¿Tiene el mundo el valor de actuar contra el Mal o no?*)”. En realidad, “el mensaje subyacente”, dice Slavoj Žižek, “es siempre *Lo haremos con o sin vosotros* (en resumen: sois libres de estar de acuerdo con nosotros, pero no sois libres de no estar de acuerdo). Aquí aparece de nuevo la vieja paradoja de la elección

obligatoria: la libertad de elegir a condición de que uno tome la decisión correcta”.

Esa posición, entre agraviada y orgullosa, es semejante a la que José María Aznar defiende una y otra vez, al menos desde que el Partido Popular perdiera las elecciones el 14 de Marzo de 2004. Hay una parte de inflamación retórica y una parte de convicción e ideologismo: la propia del intelectual sobrevenido que repudiaría la cobardía de los gobernantes débiles o el amodorramiento de los ciudadanos; pero también la del líder que se sabe fuerte. Así, en sus intervenciones siempre postula soluciones drásticas y militantes, insobornables: justo cuando los extremismos retóricos de la izquierda ya están muy debilitados. Para analizar lo que sostiene y cómo lo defiende, el bien que postula y al que no quiere renunciar, el liderazgo que espera ejemplificar, quizá lo mejor sea analizar su trilogía, tres volúmenes que ha publicado en la editorial Planeta y que sirven para perfilar qué tipo de mandatario es o cree ser, qué posiciones mantiene.

## 2. El memorialista

“En estos casos, siempre he visto tan claras ciertas cosas, que creía que todo el mundo, o por lo menos mucha gente, las veía igual que yo”. Así se expresa José María Aznar en un volumen, *Ocho años de Gobierno* (2004), que no es exactamente memoria, ni autobiografía, ni ensayo político, sino unas “notas de urgencia”. Hay en ellas una insistencia enfática en el liderazgo mayúsculo. Las palabras que siguen no son un estudio del político, sino un análisis de la semiótica de su texto, de la

imagen icónica y verbal que el autor quiere dar de sí mismo.

Cualquiera que bordee o rebase los cuarenta años lo recordará a poco que haga un esfuerzo. ¿Por qué razón? Porque muchos fuimos retratados así, con ese teatro del aprendizaje mediante el cual nos inmortalizaban cuando sólo éramos unos niños, incluso unos párvulos. En la parte trasera siempre había una falsa ventana que daba a un espacio exterior inexistente, una presunta ventana revestida algún tipo de cortinaje, con algún visillo delicado; en la parte delantera, como principal componente escenográfico, había un escritorio desahogado, de madera bruñida por el uso, por el roce, un escritorio con ínfulas que aparentaba ser una escribanía, no un pupitre, sino una escribanía. En su superficie se colocaba algún libro abierto, algunos lapiceros, algún plumier e incluso algún teléfono incoherente, sin línea. Que el aparato estuviera allí era una concesión al avance de los tiempos, a los adelantos y a las audacias del progreso. Ahora bien, esa modernidad de la técnica se compensaba con alguna imagen religiosa. En efecto, detrás solía estar la Virgen María con el corazón atravesado, sangrante, confirmando el catolicismo barroco y español del Régimen; delante, descansando los antebrazos sobre la mesa, aparecía un jovencito repeinado, impecable, incluso peripuesto, vestido con una camisa blanca, menesterosa pero limpia, almidonada, claro, una camisa que la madre obsequiosa había dispuesto para un muchacho que miraba directamente al objetivo ensayando algún gesto de concentración y estudio, según le

habían indicado que debía hacer. Eran retratos en blanco y negro de colegiales mansos, dóciles, de escolares humildes de una posguerra inacabable.

La primera vez que vimos la sobrecubierta de ese libro pareció que regresábamos a otro tiempo. Fue, por supuesto, una ensañación, y el aturdimiento duró poco. Quien se había dejado retratar así era José María Aznar adulto, severo, y no un colegial: en blanco y negro, como antes, como siempre, como un párvulo, con una pose esforzada de serena energía, de abnegación. Lo vemos en mangas de camisa, blanca y bien planchada, por supuesto, apoyando los antebrazos en el escritorio, cumplimentando lo que parece alguna tarea urgente, inexcusable, con un fondo de visillos y cortinas estampadas, como si fuera la salita de estar de un hogar acomodado. Fue fotografiado por Mark G. Peters, cuyos trabajos podemos seguir en *Abc*.

¿Es un retrato de estudio o el ex Presidente fue sorprendido trabajando? Contrariamente a lo que ocurre con un óleo, el momento que capta el objetivo fotográfico se adhiere al soporte. Roland Barthes insistió en ello en *La cámara lúcida*: la pintura, aunque represente un instante que fue real, que en verdad existió, ese instante que quedó plasmado en la retina del pintor y que su pericia le permite reproducir sobre el lienzo, es resultado de una larga y minuciosa elaboración. En cambio, en la fotografía se inmortaliza lo que sólo fue un soplo. Ahora bien, eso no significa que dicho retrato sea instantáneo, sin preparación: podemos disponer el decorado, la pose con que queremos fotografiarnos, los atavíos con que nos presentaremos para dar precisamente una impresión, una determinada impresión.

Miro una y otra vez el retrato de sobrecubierta de *Ocho años de gobierno*, el volumen que firmó Aznar a partir de la transcripción de unas cintas magnetofónicas, y no tengo la sugestión de espontaneidad, sino de puesta en escena deliberada, una circunstancia que refuerza enfáticamente los



José María Aznar

atributos del poder. Le vemos en la mano una pluma estilográfica y vemos en un cubilete sólo atisbado otras plumas y no bolígrafos o rotuladores, esa concesión ordinaria de esta época en que todo se allana. Es un instante de pausa: se ha quitado momentáneamente los anteojos y parece reflexionar sobre lo escrito, sobre un informe que él subraya o sobre un texto que completa. Está concentrado, en efecto, con serena atención. Es una pose, por supuesto: no hay nada en la imagen que desentone, que atraiga la atención por ser incongruente. Insistía Roland Barthes en *La cámara lúcida* que en toda instantánea suele haber algo, un *punctum*, que nos hiere, que desvía nuestra atención del conjunto. Es, en efecto, un punto que raspa nuestra retina, que nos duele, al menos en el sentido de que daña la visión del entero retratado. Suele ser un detalle menor, un componente de la foto, de la escenografía, que cobra un protagonismo imprevisto. No tiene por qué estar en el centro ni ser algo grande: frecuentemente son un objeto o pose o mohín que desmienten en parte o en todo las intenciones del retratista o del retratado.

Ya que hablamos de Aznar, precisamente, pensemos en la célebre fotografía de las Azores, esa instantánea de Sergio Pérez Sanz en la que vemos al ex Presidente español con George W. Bush y Tony Blair. La fotografía fue publicada en distintos medios el 17 de marzo de 2003. En dicha representación hay un *punctum*, algo que le da un valor significativo y un añadido simbólico, algo que no estaba previsto: esa mano acogedora, amistosa o paternal de George W. Bush que se deposita sobre el hombro de José María Aznar. Estamos ante un retrato de grupo en el que destaca lo que a todos ellos mancomuna: unos amigos se fotografían campechamente mostrando lo que son, haciendo ostentación de sí mismos, de su camaradería. Pero esa mano imprevista revela orden jerárquico, un desmentido parcial de quienes quisieron retratarse para mostrar su igualdad. En la sobrecubierta de *Ocho años de gobierno* no hay detalle inopinado, inesperado. ¿Por qué razón? Porque toda la fotografía está ideada y concebida para reforzar la imagen del liderazgo, para mostrar a Aznar como ese líder serio y fiable que fue.

Leemos el libro y una y otra

vez y el ex Presidente se describe como tal, como un líder solvente que ha impresionado al mundo y a sus convecinos. Pero, atención, esa jefatura que ha sido subrayada por el retrato de sobrecubierta no sería resultado de operaciones de imagen: según insiste Aznar, él desprecia el estilismo político y no tiene en gran aprecio a los publicitarios y creativos que cuidan la imagen del estadista. Se supone que el líder que se preocupa por su aspecto o que hace depender la persuasión de su apariencia es un dirigente vacío, inconsistente, alguien capaz de sacrificar sus ideas, en el caso de que las tenga. Por eso, admite a lo largo de estas páginas que él desatiende los consejos para cuidar su aspecto. Y, sin embargo, este libro, que es un artefacto material que se pone en el mercado, tiene unos componentes —entre ellos la fotografía del frontispicio—, unos componentes que crean o recrean o refuerzan la imagen que Aznar quiere dar de sí mismo. Y no vale decir que esos elementos icónicos son decisión editorial: no concibo que esa fotografía haya sido puesta en la sobrecubierta sin la autorización expresa del autor. Por tanto, sabía muy bien el ex Presidente qué imagen aspiraba a componer, y

ésa es la del líder serio y fiable, la del estadista a quien se le sorprende trabajando, la de quien quiere convencer sin retórica. Ésa es su retórica precisamente: la de quien no parece preocuparse más que del trabajo y de los principios, admitiendo que “nunca he intentado provocar el entusiasmo ni la admiración de la gente con mis discursos”.

Pero, claro, si los pares con quienes se compara, Juan Pablo II, Azaña y Churchill, son gigantes de la palabra y del parlamento, gigantes que han provocado el entusiasmo y la admiración con sus discursos, entonces la incongruencia de la declaración es obvia: todo un *lapsus* freudiano. De Juan Pablo II le asombra su capacidad de movilización, cosa que él secreta o abiertamente envidia. De Azaña (en el que aprecia rasgos comunes: el ser un *sequerón*) le reprocha haber sido un mal gobernante, pero le aprueba su dominio del verbo, el cultivo de una literatura difícil. De Churchill le sorprenden su tenacidad y clarividencia, su exaltación parlamentaria, aunque lo condene por no haber sabido retirarse a tiempo, vale decir: como el británico que ganó una guerra, también Aznar se empleó a fondo, pero a diferencia de aquél el presidente español siempre supo que el electorado es olvidadizo y poco generoso. Etcétera.

La función de este análisis no es la de juzgar la ejecutoria del autor, aquello que hizo antes de firmar *Ocho años de gobierno*, ni la de revelar uno a uno los contenidos del volumen, cosa que deberá hacer cada lector. Ahora bien, lo que sí puedo adelantar es que las ideas expuestas en 2004 coinciden punto por punto con el pensamiento público del ex Presidente, con lo que ya entonces sabíamos sin haber leído el volumen. No hay, pues, grandes revelaciones ni tampoco introspección, un autoanálisis: no descubriremos nada sustancialmente nuevo en esas páginas. Volveremos a oír la voz quejosa de un estadista no siempre comprendido, según lamenta; un estadista, insiste, que reclama su talla; un

dirigente que quiere realmente presentarse con una imagen muy favorecedora, con retoques (pensándose como liberal desde siempre). Pero, al final, lo que consigue es un retrato verbal infatuado y, por eso, dicha operación se frustra, pues el político que ahora escribe estuvo y sigue estando aquejado por la suspicacia. Habla de sí mismo como líder, de manera machacona, haciendo broma sobre las jefaturas efímeras del partido rival o mostrándose cicatero con Mariano Rajoy.

Detengámonos en este asunto porque revela deliberación o acto fallido, y en cualquier caso pregona el estilo verbal del autor y el miedo a empequeñecer frente a sus pares o rivales. De su sucesor parece hacer un ditirambo o panegírico, pero, bien mirado, es un elogio tacaño:

“Mariano Rajoy es un hombre honrado, sensato, con sentido común, una excelente formación y una experiencia política sobresaliente. Es un hombre valiente, que se ha enfrentado sin temor a momentos de crisis muy delicados. Tiene clara la idea de España y los fundamentos históricos y constitucionales en los que se basa la continuidad de la nación, la prosperidad del país y la salvaguarda de nuestra libertad. Y como ya se demostró en aquellos días de septiembre [cuando fue postulado para la presidencia de su organización política], garantiza el liderazgo”.

Punto final. Desde siempre hemos admitido que el mejor elogio que se puede hacer de un posible estadista es aquel que subraya su responsabilidad y su inteligencia, su mano izquierda, su distancia irónica, su capacidad de vislumbre, de clarividencia, su resolución perspicaz, su penetración avisgada. Pues bien, si no me equivoco, Mariano Rajoy tiene algunas de esas virtudes, ninguna de ellas destacada por el ex Presidente. Fijémonos: decir de alguien que es honesto, que es juicioso, que obra con sentido común no es decir gran cosa, es sólo el mínimo que hay que exigirle a un político. Fijémonos: añadir que tiene una excelente formación, tampoco es hacer gran encomio, pues la buena

preparación en quien quiere dedicarse profesionalmente a la política es condición *sine qua non* como cualquier lector de Max Weber sabe. Fijémonos: destacar de alguien su valentía es admitir sólo lo que a cualquier dirigente templado debe adornarle. Etcétera. ¿Y la inteligencia, la distancia irónica, el vislumbre, la penetración?

Pero esas palabras escasas de Aznar para celebrar a su sucesor son ceguera si se refiere a quienes se le oponen. Habla, en efecto, con la obstinación de quien no comprende: “la verdad, no lo entiendo”, dice una y otra vez a lo largo de estas páginas. Mala cosa, muy mala cosa es esa de que un estadista no entienda los argumentos de la oposición. No pedimos, por supuesto, que los acepte ni que tengan razón los adversarios y que, por eso, el ex Presidente deba haberlos hecho suyos: sólo que es revelador de incompreensión, de no saber o de no poder mirar con la perspectiva del otro. ¿Podemos imaginar a un antropólogo que, padeciendo penalidades y estrecheces, estuviera entre primitivos y anotara en su libro resultante “la verdad, no los entiendo”? Es fama que el diario privado de Bronislaw Malinowski estaba lleno de acotaciones de este tenor, como podría estarlo por ejemplo el dietario de José María Aznar, pero en la obra posterior del etnólogo hay el esfuerzo intelectual, hermenéutico, de completar la observación participante.

Eso no se aprecia en *Ocho años de gobierno*. Habla el ex Presidente con la ofuscación de quien no concibe la razón de por qué no le siguen sus adversarios, con la amargura de quien no sabe por qué no aceptan lo que él sostiene, sus convicciones, unos valores que se oponen al nihilismo, al hedonismo ateo, y que son un híbrido entre el credo católico tradicional y un liberalismo predicado pero no siempre obrado, un liberalismo en el que se confunde la tolerancia con la paciencia, la santa paciencia que hay que tener con los que se obstinan en el error y en el traspie.

Literal. “En estos casos”, añade, “siempre he visto tan claras ciertas cosas, que creía que todo el mundo, o por lo menos mucha gente, las veía igual que yo”.

En fin, la prueba que Aznar nos da una y otra vez de su empecinamiento es la prosa hinchada con que habla del porvenir. El grueso del volumen, salvo el epílogo dedicado al 11 de marzo, está escrito antes de las elecciones: pontifica sobre el negro futuro que los comicios depararán a sus oponentes, vaticina con riesgo y desmesura avizorando lo que va a ocurrir, creyendo disponer de un sitial omnisciente. A pesar de contar con Servicios de Inteligencia, no vio o no adivinó el cataclismo, no predijo el derrumbe ni lo diagnosticó. En fin, esa prosa monocorde acaba siendo una logomaquia altisonante, una forma de expresarse que se la debe a sí mismo, pero que se la debe también a su principal prosista: José María Marco, el historiador de guardia, un intelectual orgánico del ex Presidente que ha revisado las transcripciones magnetofónicas en las que se basa este libro hasta hacer desaparecer del texto casi todo vestigio de oralidad, hasta amputar lo que Roland Barthes llamaba el grano de la voz. Salvo alguna excepción, claro, como cuando, por ejemplo, se refiere a las transformaciones de los últimos años y dice, por ejemplo, que “el cambio de mentalidad ha sido muy fuerte (*sic*)”, expresión cotidiana. José María Marco, servicial, cortesano, parece hacer un papel.

Hay una novela de Eduardo Mendoza en la que a un personaje cordial, chistoso y algo tronado, que se llamaba *el Alcalde de Barcelona*, se le invitaba a publicar sus memorias. Un enérgico editor pedía un original, un libro, al egregio munícipe. Éste, sincerándose, admitía no saber escribir. No se preocupe, venía decirle su interlocutor: usted escriba, que nosotros ya le pondremos las comas. Pues bien, José María Marco le pone las comas a Aznar en *Ocho años de gobierno*, y el resultado es un volumen impostado en el que España es

como un bosque frondoso, según una imagen tópica que reitera, con árboles de distintas especies. El bosque, añade después, no se trocea ni se divide ni se quema. El problema de Aznar, seguramente, no es que los árboles le impidieran ver el bosque, sino que la fronda no le dejó adentrarse en la geografía variada de la floresta, y de ahí la amargura con que su autor se expresa. Sigamos.

### 3. El retratista

Ustedes lo recordarán. El miércoles 25 de febrero de 2004, José María Aznar se dejaba mecer por sus cofrades afectando un embarazo satisfecho cuando éstos, sin musiquilla y *a capella*, le cantaban el cumpleaños feliz. Todo eso ocurría en un acto electoral la mar de simpático, justamente cuando procedía a la colocación de la primera piedra del Plan Hidrológico Nacional en la Comunidad Valenciana. Hemos de admitir que era ésta una faena insólita, una tarea de albañil simbólico de la que se encargaba José María Aznar. También por aquellas fechas, el entonces presidente del Gobierno inauguraba la nueva terminal de Barajas sin que hubieran concluido las obras, volcando en un espacio aún inexistente un porvenir o una realidad que era deseo. Etcétera.

Una vez en el Gobierno, los líderes de todos los partidos –y Felipe González también incurrió en espejismos de este tipo– suelen atravesar alguna fase de ensueño, de exaltación propia, que les lleva a confundir las quimeras o proyectos aún ilusorios con la realidad, como si el simple hecho de inaugurar permitiera recomponer lo real y su sombra. Esto de inaugurar obras que no se han completado o de enterrar unos pocos ladrillos como afán de perdurar es verdaderamente ingenioso. Son actos de habla, como dijera John Austin en su clásico *Cómo hacer cosas con palabras*: acontecimientos en los que los enunciados mayestáticos que se profieren son un acto en sí. En efecto, al pronunciar las palabras

de inauguración o de soterramiento se ejecuta una acción, en este caso subrayada por el énfasis de la piedra y la argamasa. Esto es, la voz del líder conforma lo real a hechura de sus deseos para desconcierto y prestidigitación de los espectadores.

Pero hay más. Inaugurar obras que no se han completado o enterrar un ladrillo son mañas ingeniosas que no sólo remiten al porvenir, sino también al pasado. Los antiguos proyectistas, aquellos esforzados reformadores de otros tiempos, eran unos tipos animosos y algo tronados que se empeñaban en planes enérgicos. No les frenaban ni lo impracticable de su obra ni el desinterés del Gobierno: estaban tan persuadidos, tan pagados de sí mismos, que no se paraban ante nadie y elevaban sus proyectos a la Superioridad, esperando de la Monarquía su aprobación y su ejecución. ¿Escaseaban los fondos? No había problema, pensaban. El soberano aprontaría lo preciso para su consecución. Duerme en los archivos nacionales y provinciales una variada muestra de esos atadidos, de esas Exposiciones pensadas para el fomento de la prosperidad pública. Sus autores eran tipos denodados, algo misántropos, habitantes de una localidad lejana, individuos que tenían hechas algunas lecturas, que tenían unas pocas ideas: individuos que, a la postre, aspiraban a ser interlocutores del monarca, premiados con su interés. Sus cartapacios contenían no sólo el texto escrito sino también documentación gráfica, unos garabatos mejor o peor ejecutados en los que el proyectista detallaba el plano de la obra pública. ¿Cuál era el destino habitual de aquellos pliegos de papel? Lo corriente era que la Superioridad archivara dichas peticiones olvidando al desprendido corresponsal, un remitente que, con toda probabilidad, seguiría absorto en su aldea ajeno al descuido de la Corona.

Ahora las cosas ocurren justamente al revés: no son los eruditos de provincia quienes exteñan con sus planes al Soberano, sino que son los ministros o los

presidentes del Gobierno los que nos distraen o nos confunden con todo tipo de proyectos, con ideaciones intrépidas acerca de lo que es o debería ser España, con trabajos formidables e imperiosos y sobre todo con el ejemplo de su liderazgo, de su mano firme. Desde que llegara el PP al poder se despertó en los nuevos gobernantes un arrebatado proyectista, muy cercano al ideario militante y neoconservador. De lo que se trataba era de un intervencionismo empeñoso: paradójico, desde luego, en alguien que se proclama liberal, como es el caso de José María Aznar, consciente tal vez de que para pasar a la historia había que desplegar un liderazgo que se materializaba en decisiones audaces e imaginación sin complejos. ¿Por qué digo todo esto? Porque la inauguración es, en efecto, una acción de representación escénica, pero es también un acto enérgico de liderazgo. Se hace ver que el líder es perspicaz, que tiene proyectos, ideas, planes (tan imaginativos como los de aquellos arbitristas) y se hace ver de manera omnipresente y enfática su persona, una especie de oráculo.

Esta cuestión, la del liderazgo, la del Gabinete de Planes, Obras y Proyectos, obsesionaba a Felipe González, sabedor de su carisma y empeñado en la *modernización* del país. Pero obsesionaba y aún obsesiona a José María Aznar, un estadista que, de creer lo que dice de sí mismo, habría sabido sobreponerse a su imagen devaluada para materializar una cierta idea de España. Así lo pudimos constatar cuando el político del Partido Popular estuvo en la presidencia del Gobierno y así lo podemos corroborar después cuando ha reflexionado y ha escrito sobre lo que hizo, sobre lo que inauguró, sobre lo que emprendió y sobre las amistades que, como mandamás, logró atraer. Leamos la segunda parte de su trilogía: *Retratos y perfiles* (2005). Da un perfil de otros, pero sobre todo se retrata a sí mismo.

En dicha obra reúne a una gavilla de grandes y de autoridades del mundo que han hecho

historia en nuestros días y con los que se enorgullece de tener relaciones, incluso íntimas, si hemos de creer lo que nos revela en su penúltimo libro. ¿Revela? En realidad, los retratos y perfiles que traza en dicho volumen no descubren gran cosa que no supiéramos de antemano –otra vez– y, justamente, sus páginas sirven para comprobar qué es lo que Aznar valora en los demás, en los que admira y que, de algún modo, le devuelven su propia imagen, partes de su propia *anatomía* y de su psique. Los toma como espejo favorecedor y, por eso, las virtudes que en ellos resalta son, en parte, las bondades en las que él mismo quiere creer o cree poseer. A esta operación psíquica, los terapeutas la llaman *transferencia*: se toma a un individuo del que se tienen o se ofrecen pocos datos o sólo una información externa y se le recrea con características propias, haciendo de esa persona real un objeto virtual. En el interior del retratado se entierra el lastre que acarrea el que habla y describe y con dicho trabajo psíquico se compone una figura que sólo en parte existe. Ese acto de habla es, así, una especie de acto creador, constituido por enunciados *realizativos* que rellenan lo que estaba vacío: una figura de la que se cree conocer algo, de la que se puede conocer algo, pero a la que se la completa de manera subjetiva.

“Me gustan los triunfadores”, dice José María Aznar trazando la semblanza del *crooner* hispano Julio Iglesias. “Admiro su esfuerzo, su tenacidad, su capacidad de sacrificio, su voluntad de marcarse unos objetivos y cumplirlos. Me gustaría que España fuera un país de triunfadores, y no porque no haya muchas personas capaces de triunfar, y que de hecho han triunfado, sino porque con frecuencia los españoles no reconocemos el mérito que le corresponde a la gente que tiene éxito y que ha sido capaz de alcanzar la excelencia por su talento y por su trabajo”. Cuesta creer que Aznar diga todo esto del cantante español sin tener la impresión de que escribe un elogio de sí mismo.



Algo semejante valora en Silvio Berlusconi. De él habla con admiración, con la admiración de quien reconoce en el italiano a un hombre original, quizá demasiado original, cosa que no se acepta bien por tanto envidioso. Berlusconi es un hombre, insiste Aznar, “hecho a sí mismo, que debe su éxito únicamente a su talento y a su esfuerzo”. Tal vez resulte algo ambicioso, un empresario que persigue el propio interés, pero, eso sí, es leal y amigo de sus amigos y, además, ha estructurado el centro-derecha italiano. Si lo pensamos bien, este esbozo es, en los términos más elogiosos que lo retratan, una semblanza de lo que el propio Aznar parece creer de sí mismo. También el ex Presidente español es original, puesto que se habría levantado contra las ideas recibidas que satanizan a la derecha de nuestro país, cosa por lo que se le tendría envidia e incluso rencor. También Aznar es un hombre hecho a sí mismo, según él confiesa aquí y allá, puesto que valora como los máximos galardones la abnegación y la responsabilidad individuales o, en otros términos, el talento y el esfuerzo. También el ex Presidente es ambicioso, puesto que es su porfía personal lo que le habría permitido erigir una empresa que parecía condenada al fracaso: llevar a la derecha al poder. También Aznar, en fin, dice ser leal y amigo de sus amigos y, justamente por eso, recuerda siempre los favores y no olvida los ultrajes o lo que él juzga afrentas.

Liderazgo: liderazgo fuerte como el de Juan Pablo II, o el de Margaret Thatcher, o el de Helmut Kohl, o el de George W. Bush. Eso es lo que repite aquí y allá y, a excepción de las semblanzas dedicadas a sus rivales o a sus familiares, es lo que subraya como cualidad en sus amigos. Si los amigos de uno lo son porque tienen capacidad de liderar, entonces hemos de pensar que uno tiene pocos y ambiciosos amigos, con los cuales, por cierto, Aznar se llevaría bien porque no hay posibilidad de establecer con ellos un juego de suma cero: si de verdad compitieran en su

mismo terreno o país, entonces las alabanzas serían menos hiperbólicas, desde luego. Y de los familiares..., ¿qué destaca?

En el retrato de su padre, por ejemplo, no se aprecian claramente los sentimientos de ternura del hijo. No parece hacer esfuerzo alguno para recordarlo con la afectividad sentimental o irónica de quien es sucesor y a la vez alguien que supera o corrige al progenitor. Sólo alaba en él que fue un hombre bueno, así como la rectitud y aquello otro que lo adornó externamente: su profesionalidad en la radio, ese liderazgo del innovador, otra vez. ¿Y de Ana Botella..., qué nos dice? Insistir en que Ana Botella es muy importante para él es lo normal, pero que se insista cuatro veces en un párrafo preliminar y breve parece un énfasis excesivo, como lo es también que nos recuerde una y otra vez lo guapa que es –“increíblemente guapa”– y la belleza de la que estaría dotada y por la que sigue destacando, prendas a las que habría que sumar inteligencia y genio...

Hay páginas y páginas de afirmaciones contundentes y obvias, de tópicos (“Praga tiene un encanto especial, lleno de historia y de misterio”) y de semblanzas de fotomatón que resultan decepcionantes, de relleno: como las de Putin o Hassan II o Muammar al-Gadafi, etcétera. Aunque el mejor retrato, en fin, es el que hace de sí mismo por vía indirecta: es el capítulo que dedica al “Despacho de La Moncloa”. No niego que algún lector pueda tener interés en averiguar cómo son por dentro aquellas dependencias, incluso aquella vivienda que no parecía adecuada para una familia, según confesaron Ana Botella y el propio Aznar. Pero hemos de admitir que destinar páginas y páginas a esto parece irrelevante. Bien mirado, no lo es: el despacho es el expediente que le permite hablar de sí mismo, pues toma la parte por el todo, por vecindad, por contigüidad, y así de hablar de dependencias pasa a hablar de su principal habitante y de la virtud que lo adorna, que es –como no

podía ser de otro modo– la del liderazgo. Aznar sería un líder que sabe ejercer como tal, aunque eso deteriore su imagen hasta hacer de él, presuntamente, un “hombre hermético y desconfiado”. Lo cierto es que el liderazgo no lo sacrifica al consenso, como hacen los falsos demócratas, los débiles, los... Tal vez, todo lo anterior, que supone lectura atenta y anotación, podríamos habérselo evitado si hubiéramos hecho caso a la primera impresión, la de la sobrecubierta del libro. Otra vez.

Ahí, en la tapa, está condensado José María Aznar. Siempre podría reprochársele que su análisis es una *sobreinterpretación* del personaje, ya que el montaje no suele corresponder al autor sino al publicitario diseñador. Ahora bien, estoy seguro de que ha sido el propio ex Presidente quien la ha autorizado mostrando su conformidad. Así, las letras del nombre, ese “José María Aznar” que encabeza, son más o menos del mismo tamaño que las que figuraban en el volumen anterior, pero en este caso resaltadas, enfáticas, apreciables al tacto, con un plata elegante frente al azul del otro libro, que ahora se reserva para el título propiamente. No es eso lo más llamativo, sin embargo. Lo sorprendente es el montaje de imágenes de la sobrecubierta, la composición icónica. Como ya sucedía en el anterior volumen, también los perfiles se desvanecen, aunque ahora de una manera más obvia: hay siete retratos que corresponden, de izquierda a derecha, a Fidel Castro, a Tony Blair, a Manuel Fraga, a José María Aznar, a George Bush, a Ana Botella y a Jordi Pujol.

El ex Presidente español está en el centro, como el punto de equilibrio, como el punto de Arquímedes, pero además su imagen es la de mayor tamaño. Mira hacia la derecha y observa con lo que parece suspicacia o desazón, con sombras poco favorecedoras. Salvo Castro, los demás personajes sonrían o incluso ríen, pero Aznar no: Aznar mira algo ceñudo, hosco o malhumorado

incluso, quizá algo aturdido. Me sorprende ese narcisismo enfático de quien precisa colocarse en el centro y a mayor tamaño que el resto de los comparecientes. Me llama la atención ese *sfumato* con que se perfilan los retratos, esos contornos imprecisos que se difuminan, esa neblina... Pero lo que más me sorprende es el lugar secundario que le reserva a Ana Botella. Quienes lindan con Aznar, sus inmediatos vecinos, son Fraga y Bush: quien le dio la alternativa y quien le encumbró en la esfera internacional. Pero hay algo más: si no fuera por la presencia de Castro y Pujol, adversarios a los que dedica sus respectivas semblanzas, la composición de esas efigies recordaría extraordinariamente a la sucesión de mandatarios que se tallaron en el Monte Rushmore, sito en Dakota del Sur, como materialización del Destino Manifiesto norteamericano. Tal vez es pura casualidad o el aturdimiento que me ha causado leer tanto y tan seguido la prosa sentenciosa del ex Presidente, la prosa que le asea, otra vez, José María Marco. Sigamos.

#### 4. El mentor

Leo las *Cartas a un joven español* (2007) el libro de José María Aznar, un volumen recién aparecido que completa su trilogía para Planeta. Según me entero por un despacho de Efe, el ex jefe del Gobierno presentaba el 5 de noviembre de 2007 su obra, obra en la “que reflexiona sobre la libertad, la idea de España, el terrorismo, la educación o la familia recurriendo al género epistolar, en un acto en el que participará el historiador Stanley Payne”. Efe añade: “el acto contará con la presencia del propio Aznar y se celebrará en un hotel de la capital a partir de las ocho de la tarde, según informaron fuentes de la editorial Planeta”. Stanley Payne es un historiador estadounidense que, de un tiempo a esta parte, avala cierto revisionismo historiográfico: como juzga necesario abatir los mitos que la izquierda tiene

del pasado, cree posible hacerlo avalando a quienes con estrépito y antiacademicismo se pronuncian contra esas visiones. Así hemos de entender la celebración que el académico norteamericano hace de Pío Moa. Ahora, con extremismo verbal, Payne aprueba la visión apocalíptica de España que José María Aznar proclama.

¿Qué importancia tiene esta novedad editorial? Decía Soledad Gallego-Díaz en *El País* que “la aparición del nuevo libro de José María Aznar *Cartas a un joven español* ha sido interpretada en el Partido Popular como una declaración pública e inequívoca de que si Mariano Rajoy pierde las elecciones del 9 de marzo próximo, el ex presidente del Gobierno exigirá dirigir la salida de la crisis”. Es decir, que el ex Presidente quiere ser influyente publicando libros, una labor que como el agua que cae gota a gota perfora, horada. Para que tal cosa suceda, la comunicación debe dirigirse a un destinatario a quien persuadir: han de cuidarse, pues, todos los detalles, ideológicos y materiales, del volumen. Empiezo, justamente, por su aspecto material, un libro editado en tapa dura y con sobrecubierta. Como me suele ocurrir con sus obras empiezo fijándome en estas cosas, particularmente en esa sobrecubierta. Como en los títulos de crédito cinematográficos, allí está todo: se reúnen los datos básicos y los recursos comunicativos. Antes de acudir al interior, echemos un vistazo a esa tapa.

Veamos, por ejemplo, a quién se atribuye la autoría del volumen. La tipografía del apellido ha ido creciendo, algo que permite identificar correcta e inmediatamente a su responsable. Así hemos pasado de un “Aznar” que medía 22 milímetros en *Ocho años de gobierno*, a los 27 de las *Cartas a un joven español*, pasando por los 25 de *Retratos y perfiles* (diferencia que, en principio, pasó inadvertida, pero que ahora se descubre). Por tanto, el tamaño del apellido crece conforme el autor publica. ¿Llegará a los 30 milímetros? ¿Seguirá siendo con

Planeta? Pero esa particularidad tipográfica no es lo fundamental de la sobrecubierta. Reparemos, por ejemplo, en el título del volumen, en esas *Cartas a un joven español*.

El título y el libro adoptan, en efecto, el modelo epistolar, al modo de las *Cartas a un joven poeta*, de Rainer Maria Rilke (o, más recientemente, a la manera de las *Cartas a un joven novelista*, de Mario Vargas Llosa): dirigir una misiva a un corresponsal que no identificamos es un expediente muy empleado..., muy empleado para expresar las propias ideas sin réplica real, documentada, verificable. El volumen que ahora comento lo componen las cartas que José María Aznar remite a Santiago —así, sin apellidos—, un tal Santiago del que sabemos por las misivas del autor pero cuyas palabras o situación personal jamás averiguaremos. Tampoco la sobrecubierta da pista alguna. ¿Es un personaje ficticio? Siempre cabe pensar que es el tipo de corresponsal que al ex Presidente le habría gustado tener si hubiera podido dirigirse a él. En todo caso, con él moldea a un joven inquieto, interesado, adaptado, integrado: un muchacho que se llama como el patrón de España y del que el ex Presidente nos irá dando fugaces indicios.

Dicho joven no figura en la sobrecubierta, insisto. Allí, fuera del apellido creciente, domina un primer plano de Aznar en color. Ya no lo vemos envarado, como en *Ocho años de gobierno*, con una fotografía que nos lo presentaba en mangas de camisa, blanca y bien planchada, apoyando los antebrazos en un escritorio, cumplimentando lo que parecía alguna tarea urgente, inexcusable. Tampoco lo vemos mayestático, como en *Retratos y perfiles*, sombrío y aupado a su Monte Rushmore particular. Ahora, en las *Cartas*, se nos presenta con aspecto *easy wear*, campechano: un aspecto que, sin embargo, desmiente su mirada aguda, inquisitiva, quizá interesante, esforzadamente interesante: tanto que sus ojos parecen interpelar al lector. Paso página

o, mejor, paso sobrecubierta, me adentro en el interior y... ¿qué encontramos?

Me encuentro con un texto en el que, nuevamente, se hace una enfática profesión de fe conservadora que dice ser liberal; una declaración rotundamente ideológica, muy sesgada, por alguien que cree ser ecuaníme. En los distintos libros que le he leído, José María Aznar siempre repite el mismo latiguillo: no entiende por qué los demás no comparten la evidencia misma de las cosas, que es al final su forma de ver el mundo, el orden, el presente y el pasado, el porvenir, en suma. Al margen de lo que a mí me parezca su ejecutoria, creo —como lector— que el ex Presidente gobierna mejor que se explica. Felizmente no se atuvo a lo que dice profesar. Me guste más o me guste menos, José María Aznar pudo tomar decisiones correctas o puede ahora tener ideas sensatas sobre ciertas cosas, pero una vez razonadas por escrito, una vez se las leemos, nos decepciona el nivel de su argumentación.

Quiero decir: en la primera legislatura, cuando gobernaba en minoría, debía actuar como político pragmático que no se deja llevar sólo por la convicción o por los principios, sino por la ley del número. Todo, pues, no se resume en la defensa de unos valores. Tuvo que negociar con los nacionalistas haciendo guiños a sus aliados. En política no hay amigos, decía Winston Churchill; hay intereses. Si José María Aznar gobernó de acuerdo con esa lección (del admirado estadista), entonces contrarió los principios que ahora defiende apasionadamente en sus libros. ¿Tiene sentido el reproche que le hago al político en ejercicio? No, porque nadie puede gobernar como él predica en este volumen: nadie puede hacerlo razonablemente basándose sólo en la convicción o en la pasión.

Como señalaba Max Weber, “puede decirse que son tres las cualidades decisivas para el político: pasión, sentido de la responsabilidad y sentido de la distancia”. ¿Qué significa eso?

Weber habla de “pasión, en el sentido de darle importancia a las cosas reales”, de aproximarse con tesón a la realidad tomándosela en serio. Pero no basta: “la pasión no le convierte a uno en político si ella, como servicio a una causa, no convierte la *responsabilidad* precisamente respecto a esa causa en la estrella que guíe la acción de manera determinante. Y para ello necesita el *sentido de la distancia* —la cualidad psicológica decisiva para el político—; necesita esa capacidad de dejar que la realidad actúe sobre sí mismo con serenidad y recogimiento interior”. Realismo, pues.

“Por este motivo, el político tiene que vencer en sí mismo, día a día y hora a hora, un enemigo muy trivial y demasiado humano, la *vanidad*”. ¿Y qué es la vanidad en un político?, se pregunta Max Weber. Es tomarse como el centro de las cosas. La vanidad es “esa necesidad” que experimenta algún tipo de mandatario “de ponerse a sí mismo en el primer plano lo más visiblemente posible”. Creo, sinceramente, que la sobrecubierta de *Cartas a un joven español* revela ese pecado de vanidad: con ese apellido gigantesco que no obedece sólo a razones mercantiles; con esa fotografía desmesurada. Pero creo que la vanidad se aprecia aún más en el texto: el autor sotanea, amonesta, juzga y condena a quienes no piensan como él, tan seguro de los principios que defiende.

Eso —el tono admonitorio— es lo que, en principio, más llama la atención. No concibe que no se pueda coincidir con lo que él piensa. Por eso, para fundamentar sus posiciones, sólo cita a aquellos autores que son de su tradición (o que él piensa que son de su tradición), valiéndose, pues, de pensadores de filiación liberal o conservadora que al final de su libro detalla. En efecto, el volumen se cierra con una lista de lecturas recomendables... Los títulos de esos filósofos o sociólogos le sirven para confirmar lo que piensa de antemano. Es decir, esos autores no le incomodan lo más mínimo ni tampoco le hacen interrogarse. Le valen para

corroborar: justo lo contrario de lo que haría un pensador liberal.

Esto es precisamente lo que José María Lassalle dice de Isaiah Berlin, el gran intelectual y pensador liberal. De su muerte se cumplen diez años, y por eso Lassalle, que es miembro del Partido Popular, escribía sobre él un artículo en *Abc* (6 de noviembre de 2007). Según leemos, Berlin fue "alguien que sintió una fascinación inagotable por el «otro» porque —como explicó una vez— le resultaba aburrido leer a los que pensaban como él; no en balde prefería asomarse a lo que decían sus adversarios ya que ponían "a prueba la solidez de nuestras defensas al encontrar sus debilidades..." Comparto ese punto de vista. Es impensable, sin embargo, que José María Aznar —ahora desempeñando las funciones de intelectual— muestre interés por la obra del "otro", de los "otros". ¿Por qué razón? ¿En qué se basan sus nutrientes?

En realidad, el principal

problema del ex presidente del Gobierno es que escribe como si no hubiera gobernado: como si los males que denuncia aún no hubiera podido enfrentarlos; como si los objetivos que se plantea aún no hubiera podido acometerlos; como si los autores que ahora cita, de cuya receta se vale, aún no hubiera podido aplicarla. En su opinión —que él no sostiene como tal, sino como doctrina—, España asiste a una deriva y a una crisis, algo ahora constatable y agravado, pero algo que se remontaría a los años sesenta. Critica al Gobierno socialista: le hace responsable de las decisiones políticas que él juzga inaceptables, y le culpa del proceso de secularización ("relativismo", lo llama él) que experimenta el mundo actual, un proceso que habría destruido o relajado la disciplina, la autoridad, el orgullo nacional, justamente los cimientos de la sociedad decente: al modo, precisamente, en que se expresan los neoconservado-

res americanos. Entonces, de ser cierto lo anterior, la pregunta es inmediata: ¿y qué hizo el ex Presidente para frenar esa deriva? ¿No le dejaron? ¿Tuvo que pactar sus decisiones políticas, buscar algún consenso con quienes no eran correligionarios?

Divide su libro en diecisiete capítulos cuyos enunciados son breves y rotundos: entre otros, "La libertad", "Liderazgo", "La nación española", "Relativismo", "La familia", "Terrorismo y seguridad". En esos capítulos, el examen tiende a ser esquemático; las pruebas, los hechos, los documentos sólo confirman —otra vez— lo que ya se sabe de antemano; y las conclusiones, que se proclaman con sobrante énfasis, son frecuentemente demagógicas. Por ejemplo, cuando habla de la educación, su diagnóstico es expeditivo, de un elitismo paradójicamente populista. "¿Tú crees, Santiago, que los que no quieren esforzarse tienen derecho a impedir que se esfuerzen

los que sí quieren hacerlo? ¿Acaso es ese otro de los nuevos derechos que tienen ahora los españoles? Antes a eso se le llamaba envidia, y no estaba catalogada, precisamente, como una virtud. Claro que donde el esfuerzo termina, empieza el fracaso, y tal vez sea eso lo que se quiere", dice José María Aznar en la página 125.

Si oyéramos lo anterior en otro contexto, en una tertulia, podríamos creer que es el dictamen tajante de alguien que no ha gobernado, la facundia de un tipo que cree arreglarlo todo si se pone... O podríamos pensar que es la conclusión expeditiva que culpa a un responsable que no identifica: "...lo que se quiere". ¿Y quién lo quiere? En ciertos pasajes responde con claridad. La culpa de lo que nos acaece es de la izquierda —así, en conjunto—, un conjunto de ideas erróneas: una izquierda que se creció tras la pretendida "muerte de Dios". La culpa, insiste, es de la izquierda local, que no es más que un

## La guía de vinos más completa para romper mitos

EDICIONES  
**EL PAÍS**



- > **Todas las marcas del año**  
Claves para disfrutar del vino
- > **70 Denominaciones de Origen**  
con mapas y la información más relevante
- > **Más de 450 páginas**



Ya a la venta en quioscos  
Telf. Información: 902 101 146



conglomerado *sesentayochista* y *buenista* que ha renunciado al pasado imperial de España, a los principios políticos firmes, a la convicción ideológica arraigada, aunque a la vez ese abandono pueda ser compatible con el fundamentalismo. Esa izquierda habría anestesiado a la nación, que no está muerta: sólo dormida. Hay que despertarla. Es una metáfora interesante: suelen emplearla prácticamente aquellos nacionalistas que deploran el estado neurasténico de su país. ¡Despierta, patria! En el caso de José María Aznar su apego a la nación tiene, además, otra consecuencia: el repudio del hedonismo y la crítica de José Luis Rodríguez Zapatero como presidente del Gobierno.

Hemos debido leer casi doscientas páginas para llegar a la clave política de este libro. Amparándose en una interpretación algo simple de Alexis de Tocqueville, José María Aznar rechaza el materialismo que nos invade. “Más de una vez tengo la impresión de que vivimos en una sociedad que ha hecho de la evasión su principal industria”, concluye dolida y resignadamente. ¿Le doy la razón? Como sostuviera Gilles Lipovetsky, desde hace décadas Occidente vive gobernándose con una ética indolora. ¿Algo malo? Es preferible esta moral materialista al libramiento guerrero y patriótico, desde luego. Por eso, el libro de José María Aznar resulta contradictorio: en primer lugar, dice profesar el liberalismo, que es una doctrina preferentemente individualista; en segundo término, hace profesión de fe nacionalista (colectivista) que él reviste de institucionalismo democrático; en tercer lugar, expresa su prevención católica, confesional, al hedonismo, que a la postre es una opción básicamente antiliberal.

Pero, en fin, no es eso lo más importante: lo decisivo es que este volumen es una justificación de lo que él entiende por la Presidencia del Gobierno. No es de recibo, dice, aceptar un jefe de Gabinete simplemente porque sea simpático o entretenido: “tie-

ne en sus manos una tarea demasiado importante para reducirla a aspectos de imagen o aceptación popular”. Hay que gobernar al margen de los sondeos, que es *cortoplacismo*: “uno de los problemas no es que los gobiernos escuchan poco a sus pueblos, sino que la política se agote en la obsesión por el corto plazo, por las encuestas, por las próximas elecciones”. Pues...: lo siento, pero veo una nueva contradicción. El ex Presidente gobernó con sondeos del CIS y al mismo tiempo olvida ahora que su partido se ha de presentar a distintos comicios: olvida que su discurso no beneficia a sus candidatos, que esas palabras rotundas perjudican a su partido en una sociedad mediática y hedonista.

### 5. El ex Presidente

Cuando uno es presidente del Gobierno o tiene responsabilidades muy graves no se le piden sutilezas, demoras o complejidades. Lo que se le exige es que tome decisiones sensatas que no agraven el estado de las cosas, que no provoquen la enemistad irreductible de los adversarios institucionales, que no lleven el país a la ruina. Lo que se le demanda es eficacia, una capacidad para resolver problemas, no para crearlos. La valoración la darán las urnas: mientras tanto los escrutinios son públicos pero mediáticos, algunos pronunciados con la esperanza de derribar al mandatario que toma decisiones. Ese político debe guiarse por la lógica de la responsabilidad, del acuerdo, del ajustado cálculo de necesidades. Hay unas preferencias pero los recursos no son inagotables, razón por la cual debe jerarquizar.

Como nos recordaba Giovanni Sartori, los derechos *jurídicos* son absolutos: no son negociables y son prerrogativas que se reconocen a todos los ciudadanos por principio. Pero los derechos *materiales* son relativos: dependen del presupuesto. Precisamente por eso, el presidente no debe ser manirroto, no debe gastar a manos llenas ni emprender aventuras espoleado por grandes princi-

pios. En política debe haber principios, por supuesto, una guía de decencia, pero no pueden ser la base de la gestión ordinaria: de lo contrario, el gobernante avanza intoxicado por sus propias convicciones, hace del Gobierno la base de un proselitismo militante. Estas ideas no son mías, por supuesto. Son tesis que compartimos muchos después de haber leído a Max Weber: sobre todo su obra *El político y el científico*. Son ideas de lo que es el realismo prudente en política. Pero el propio Weber admitía los efectos movilizados de las utopías. De éstas se han seguido algunos de los experimentos más nefastos del siglo xx, aunque del horizonte utópico, añadía Weber, viene el empeño menor de reemplazar las cosas que pueden ser cambiadas. Un equilibrio entre ese fondo idealista y la gestión prudente es, seguramente, la mejor estrategia del mandatario.

Cuando ese presidente del Gobierno deja la política, los electores esperan que se distancie, que cobre una buena pensión, que alcance mayor estatura humana y que ceda el quehacer y el combate ideológico para los que están en activo. Los votantes esperan de un ex Presidente ironía, algo de guasa y algo de ternura que administrarse a sí mismo para admitir la pequeñez de los tesones humanos. El estadista está más allá de la pendencia y, por tanto, ya no tiene necesidad de justificar cada día, de proclamar nada. Puede obrar con esa soltura que manifiesta quien ya no desea triunfar, pues ha conseguido algo muy notable. Es entonces cuando entre los antiguos mandatarios vemos aparecer (o reaparecer) figuras inéditas, insólitas, insospechadas: gentes como nosotros: con dudas, con incertidumbres o incluso con una agudeza que no siempre supieron o pudieron aplicar cuando eran mandatarios. La mayoría se dedican a conferenciar o a dictar cursos sirviéndose de una experiencia aprovechable y comunicable.

Se le atribuye a Felipe González una frase interesante, descriptiva. Según la metáfora que

aventuró en cierta ocasión, los ex presidentes del Gobierno serían como los jarrones chinos en una casa pequeña: valiosos, pero incómodos. Esas piezas únicas estorban mucho en cualquier sitio que se colocan, cosa por la que todo el mundo piensa en cómo deshacerse del jarrón chino sin que nadie quiera asumir la descortesía que ese retiro supone. González parece aceptar un discreto segundo plano, de florero: seguramente influyen los largos años de Gobierno. No es el caso de Aznar: su voluntaria y meritoria decisión de retirarse parece haberle dejado insatisfecho y, por proselitismo, se empeña en difundir un credo combatiente y quejumbroso, oralmente y por escrito. Crea fundaciones, inaugura editoriales, interfiere en política, incluso en su propio partido, y se pone dijes de pensador: tal vez porque se sabe intelectual orgánico y militante en guerra pedagógica contra todo lo que se le opone; tal vez porque el mal sólo se combate con el bien. Pero el problema, en su caso, no es sólo el credo: es la inoportunidad de su jarrón, siempre a punto de romperse. ■

### Referencias bibliográficas

- AUSTIN, John. *Cómo hacer cosas con palabras*. Paidós, Buenos Aires, 1971.
- BARTHES, Roland. *La cámara lúcida*. Paidós, Barcelona, 1990.
- BERNSTEIN, Richard J. *El abuso del mal*. Katz, Madrid, 2006.
- LIPOVETSKY, Gilles. *El crepúsculo del deber*. Anagrama, Barcelona, 1996.
- SARTORI, Giovanni *La democracia después del comunismo*. Alianza, Madrid, 1994.
- WEBER, Max *El político y el científico*. Espasa, Madrid, 1992.
- ZIZEK, Slavoj *Irak. La tetera prestada*. Losada, Madrid, 2006.

**Justo Serna** es profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Valencia.